



EL CORREO DE LA MODA

PERIÓDICO DE MODAS, LABORES Y LITERATURA.

Núm. 45. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Diciembre 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

| | | | |
|---------------------|--------|---------------------|--------|
| Un mes. | 12 rs. | Tres meses. | 38 rs. |
| Tres meses. | 32 | Seis meses. | 74 |
| Seis meses. | 62 | Un año. | 144 |
| Un año. | 120 | | |

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Prim, núm. 2.—Madrid.

Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administracion en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

| | | | |
|---------------------|-------|---------------------|--------|
| Un mes. | 8 rs. | Tres meses. | 24 rs. |
| Tres meses. | 20 | Seis meses. | 46 |
| Seis meses. | 38 | Un año. | 84 |
| Un año. | 72 | | |

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Baillière, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Carmen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Guizarro, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martin, P. del Sol; y Administracion de EL CASCABEL, Plazuela de Matute, 3. — PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administracion del Correo de LA MODA, calle del Carmen, 24, 4.º; en Valencia, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos. — En París Mr. François Ehardt, 53, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Talboul.

SUMARIO.

La limosna, por doña Ángela Grassi.—D. Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévia.—A la Virgen María en el misterio de la Concepcion, poesia, por el Doctor Lopez de la Vega.—Caballería y nobleza, por Inés Rubio y Diaz.—Historia de Maria Stuart, por Salvador María Fabregues.—El antifaz de terciopelo, por E. Feijóo y de Mendoza.—La luciérnaga, por J. Bat.—Explicacion del figurin.—VARIEDADES: Correspondencia.—Charada. GRABADOS.—La limosna.—Vista general de la ciudad de Burgos.—Visitation de la Virgen á Santa Isabel (de un retablo del Renacimiento en San Vicente de Torelló, Cataluña).—Novelades de la moda.

LA LIMOSNA.

Estamos en el mes de Diciembre, mes de dulces y santos recuerdos para el cristiano que conmemora el natalicio del Niño Dios; del Niño Dios, que vino al mundo para redimir á los pecadores, para enjugar las lágrimas del triste.

¡Oh vosotras, señoras, que en esta época del año os apresurais á engalanar vuestros cuerpos, para presentaros deslumbradoras en las fiestas que organiza el mundo: pensad también en engalanar vuestras almas, para presentaros con decoro al banquete de los ángeles!

Pronto va á terminar el año. Si no es el último de vuestra vida, es indudablemente un eslabon ménos de la cadena misteriosa que une al sepulcro con la cuna.

Apresuráos, hermanas mías; avivad la llama de vuestras lámparas, no sea que os sorprenda el Esposo, y como á las esposas de la parábola, os halle sin aceite.

La virtud más grata á los ojos de Aquel que quiso venir á compartir nuestra miserable existencia de penalidades y de lágrimas, es la caridad, caridad divina que le impulsó á abrazar la cruz y á espirar en ella para redimir á los mortales.

Señoras, hermanas mías, los campos están yermos, gime el cierzo en la maleza y los montes se cubren de blanca nieve. ¡Oh, cómo temblarán de frio en las cabañas miserables, en las desmanteladas buhardillas, infinitas madres, quizás sin un pedazo de negro pan que llevar á sus lábios, sin más que un pedazo de vieja estera para abrigar sus miembros ateridos! ¡Oh, cómo gemirán nfinitos niños, que pedirán tal vez en vano al exhausto

seno de sus madres, el alimento que debe vivificarlos!

Pensad en ellos, señoras, cuando vestidas con trajes de crugiente seda, y ceñida la sien de bellas flores, os embriagais con los ecos de músicas deliciosas; pensad en ellos, cuando sentadas á la mesa del espléndido festin, veais humear en fuentes de plata los esquisitos manjares, veais circular el dorado licor en copas de oro!

Pensad en ellos!

en favor de vuestros desheredados hermanos, hijos como vosotras de un Dios bueno.

Termina el año, y el nuevo aparece saliendo del caos y rodeado de misterios. ¡Sabeis lo que os prepara el destino? ¡Quién es capaz de penetrar en los arcanos de lo futuro? ¡No veis reducirse á escombros los más soberbios monumentos y las ciudades más florecientes y populosas?

Quizás mañana, por una combinacion del acaso, os haléis como esas pobres madres, que sin pan y sin abrigo, estrechan sobre su pecho exhausto á sus enflaquecidos hijos. Tened compasion, si quereis que mañana la tengan de vosotras.

Y aunque no fuera así, pensad que la vida no es más que un breve punto. Ved cómo caen á nuestro alrededor jóvenes y viejos, débiles y robustos, ricos y pobres.

¡Pronto, pronto: engalanad vuestras almas, ántes que tengan que presentarse desnudas al Tribunal Supremo; ántes que por estar desnudas, no puedan asistir al inmortal banquete de los ángeles!

Pronto, pronto: no dejéis para mañana el bien que podais hacer hoy, no sea que mañana las campanas que anuncian vuestros placeres, doblen tristemente sobre vuestra entreabierta sepultura.

Señoras, hermanas mías, una limosna, una bendita limosna para los pobres, en nombre del Dios de los humildes; en nombre del Niño Dios, que va pronto á nacer en un pesebre, y que aterido de frio, aguarda para vestirse vuestras buenas obras.

ÁNGELA GRASSI.



LA LIMOSNA.

Santificad vuestras fiestas con el recuerdo de la dicha que hayais esparcido en las miseras cabañas, de la sonrisa que hayais evocado sobre lábios marchitos y descoloridos!

Pensad que si os es lícito disponer de vuestra fortuna, proporcionándoos un bienestar, lucrativo para la industria, que en último resultado encierra también el pan del pobre, debeis disponer de la mitad de ese superfluo

D. GASPAR BONO SERRANO,
POETA ARCADE.

I.

Las letras en general y la poesía particularmente, en todos tiempos han sido cultivadas por eclesiásticos españoles, con tanta constancia y ardor, como felices resultados.

Desde los primeros siglos del Cristianismo en que con tal esplendor brillaron hijos de la Musa de Sion, tan esclarecidos como el Papa San Dámaso, Juvencio y Draconcio, hasta nuestros días, en que se han distinguido admirablemente D. Juan Nicasio Gallego, Lista, Reinoso, Rodríguez Zapata, Colomer, Boggiero, Báguena, Arolas, Arjona, Mármol, Roldan y tantos otros sacerdotes en suma; no se ha interrumpido jamás en nuestra patria, ni aun en los tiempos más bárbaros de la Edad Media, la serie y sucesión gloriosa de nobles bardos, pertenecientes al clero, que han consagrado los ócios que les permitían los deberes de su ministerio sagrado á cantar en las cuerdas de su lira de oro las inspiraciones del génio, que sonríe á los poetas en la cuna, y los ama y acaricia cual tierno padre, y los acompaña constantemente en su peregrinación por los desiertos de la vida en este valle de dolor y llanto, y los educa y enseña cual Mentor solícito, y los consuela y fortalece, finalmente, en sus cuitas y adversidades, como el amigo más afectuoso y leal, hasta los límites del sepulcro.

Entre varios eclesiásticos que en la época presente han conseguido por su aplicación y talento adquirirse grato y lisonjero renombre, merece una mención honrosa el anciano Capellan de Honor D. Gaspar Bono Serrano. Nació este laborioso literato en Alcañiz el 4 de Julio de 1806. En el mismo año vieron la luz por la vez primera D. Juan Eugenio Hartzenbusch en Madrid, uno de nuestros más notables poetas contemporáneos, y uno de los mejores amigos del Sr. D. Gaspar; en Sevilla el célebre pintor D. Antonio María Esquivel; en Barbastro D. Pascual Madoz, hábil hacendista y fácil orador parlamentario; en Valls el dignísimo Obispo de Barcelona, D. Antonio Palau, y en Valladolid D. Mariano Gonzalez Sámano, cuyo nombre no oscurecerán las sombras del olvido. También vivirá eternamente en las páginas de la historia la fama del gaditano conde de Alcoy y teniente general D. Federico Roncali; así como también perpetuarán nuestros anales el renombre del caudillo carlista D. Ramon Cabrera, natural de Tortosa. Uno y otro jefe militar nacieron en el mismo año que el vate aragonés.

II.

Su padre, D. Manuel, secretario del ayuntamiento de Alcañiz, y procurador de su partido judicial y concejal, finalmente, en 1834, era muy ilustrado. Después de haber estudiado filosofía en el convento de Dominicos de Alcañiz, y cuatro años de teología en la universidad de Zaragoza, no dejó de la mano los clásicos del siglo de Augusto, por lo que fué después un distinguido latinista. Cuando en 1809 las tropas de Napoleon se apoderaron definitivamente de aquel pueblo, después de ocupar sin gloria las inmortales ruinas y despedazados restos de la capital de Aragón, el general Musnier, primer gobernador de Alcañiz, pidió á la municipalidad un intérprete, que con facilidad y soltura hablara latin, para poderse entender con aquella corporación. El ayuntamiento por unanimidad nombró para comisión tan delicada en aquellas terribles circunstancias á D. Manuel Serrano, el cual la desempeñó á satisfacción de aquella corporación respetable y del general frances, que se picaba de muy inteligente en el idioma del antiguo Lacio, como alumno que habia sido en su juventud del célebre seminario de San Sulpicio.

La madre de nuestro poeta se llamaba doña Manuela Salvador. Era natural de la ciudad siempre heroica, y se distinguía por su acendrada piedad cristiana, la que manifestó bien claramente, procurando con maternal y religioso celo inculcar el santo temor de Dios y la devoción á la Santísima Virgen en el tierno é impresionable corazón de su hijo. Muchos versos de éste, publicados años después, prueban hasta la evidencia, por el sentimiento religioso, por la ardiente fé católica y fervoroso entusiasmo que respiran todos ellos, que no fueron inútiles las instructivas y prácticas lecciones de su buena madre en asunto de tanta importancia.

Aprendió las primeras letras, latinidad y retórica en el colegio de Escuelas Pías de su pueblo natal, distinguiéndose por su aplicación constante y por su decidida afición al estudio de la poesía. Bastábale ver algunos versos manuscritos ó impresos para leerlos con avidez, para copiarlos y aun aprenderlos de memoria con gusto y facilidad. El Ilmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza, D. Manuel Vicente Martínez y Gimenez, cuya llegada á la ribera del Guadalope para visitar las parroquias de Alcañiz, celebró el precioso vate con una sencilla anacreontica, le regaló un ejemplar de las poesías de Fray Luis de Leon, para recompensar los buenos deseos y laudable laboriosidad del niño. Por aquel tiempo tradujo en la siguiente sestina el epitafio latino, grabado en el sepulcro del célebre Juan Sobrarias, poeta laureado del siglo XVI, natural de Alcañiz:

Si de Aganipe se lamenta el coro
Y el idioma latino yace triste,
Perdida su elegancia y su decoro,
¡Qué mucho, si Sobrarias ya no existe!
Sus cenizas encubre aquesta losa;
Mas el alma en el cielo ya reposa.

Desde entonces su preceptor comenzó á darle más amplias lecciones de poética, facilitándole algunas composiciones escogidas de Garcilaso, Rioja y Herrera, de los Argensolas, Arriaza y Melendez.

III.

En los tres años de filosofía, que cursó con el P. Miguel Bañolas, de San Blas, docto profesor escolapio, se entregó con avidez á la lectura de Fr. Luis de Granada, Santa Teresa de Jesus, Alonso Rodriguez, Malon de Chaide, Juan de Avila y otros escritores ascéticos, modelos de lenguaje, y sobre todo notabilísimos por la gravedad y solidez y fé religiosa con que están escritas sus admirables obras. También leyó entonces, por obedecer á su ilustrado padre, las *Recreaciones filosóficas*, la *Armonía de la Religión y de la razón* y el *Hombre feliz*, del P. Teodoro de Almeida; varios discursos y cartas eruditas del doctísimo Feijóo, la historia del sábio Juan de Mariana y otros libros no ménos importantes.

A principios de 1825 pasó á Valencia para comenzar la sagrada teología, reina de las ciencias, como con tanta razón la llama Cervantes. En las horas que le dejaban libre de ocupación y serio estudio la *Suma de Santo Tomás* y el admirable libro de *Locis*, del Obispo Melchor Cano, procuró perfeccionarse en el ramo de humanidades, dedicándose con tesón á la lectura de Ciceron y Salustio y Quintiliano, y con más frecuencia á la de Virgilio y Horacio, de Tibulo y Marcial, *Olor ille bilibitanti*, como llama al famoso Cisne de la antigua Bámbola, un elegante crítico del siglo XVII. Para variar y amenizar las anteriores tareas, se consagró con ardor al mismo tiempo al estudio de los idiomas italiano y frances. No bien pudo leer con alguna inteligencia el *Telémaco* y la *Jerusalén del Tasso*, á *Metastasio* y *Boileau*, á *Racine* y *Filacaya*, comenzó el estudio de la lengua de Homero con el doctor D. Miguel Soliveres, habilitísimo Helenista y excelente sacerdote, y posteriormente con el sábio Padre Gonzalo Moreno, uno de los más ilustres alcañizanos de nuestro siglo.

En compañía de los estudiosos jóvenes Kosca Vayo, Juan Arolas, Luis Lamarca, Pascual Perez y Rodriguez, Camilo Borg, Juan Palanca y Gutierrez y otros alumnos de las Musas, acostumbraba el Sr. Bono Serrano reunirse todos los domingos por la mañana en una modesta sociedad, á la que llamaban sus afiliados, con el desenfadado y buen humor que caracteriza á los años juveniles, *Academia de Apolo*. Vayo la presidencia, como mayor en edad, haciendo de secretario el vate aragonés, por ser el más muchacho de todos. Hé aquí la bien escrita alocución que leyó el presidente en la sesión primera:

"Compañeros: Al verme honrado con vuestra cariñosa "confianza" en el nombramiento de director, que patentiza "vuestra sincera amistad y excesiva modestia, debo manifestaros mi tierna gratitud, y ofrecer os coadyuvar "con los mayores esfuerzos al mejor orden y perfeccion "de esta naciente academia. Amante de las ciencias por "naturaleza, dotado de imaginación ardiente y dedicado "desde mi niñez al estudio y observación, aquellos son "mis amigos, aquellos mis compañeros, que siguen la esca-"brosa y difícil senda de la filosofía. Unido desde ahora "á vosotros con este nuevo lazo, me dedicaré enteramente, "con vuestra ayuda y auxilio, á embellecer y fecundizar dos ramas del árbol de la sabiduría, que vamos de "consuno á cultivar con vigoroso denuedo.

"La geografía y la poesía, son quizá los dos estudios más gratos y deliciosos de todos, y se hallan enlazados, como sabeis, con los más fuertes eslabones. La primera nos enseñará el sistema de los planetas, y nos hará ver un sol fijo en el inmenso espacio, dando vueltas á su alrededor por medio de las leyes de atracción y movimiento de retrogradación siete planetas, cercados de satélites. Aprenderemos, que no es este sol la única lumbrera del Eterno, sino que hay miles de soles, alrededor de los cuales habrá otros grupos de planetas, seguidos igualmente de sus satélites respectivos. Descendiendo después al exámen del planeta que habitamos, levantaremos las capas de la tierra, analizaremos sus vetas, sus amalgamas; penetraremos en los huecos de las montañas para sorprender sus secretos, descompondremos sus rocas y peñascos, veremos el origen de las fuentes, de los rios, de los mares, encareceremos el aire, y dividiremos hasta los granos de arena. Considerando después la tierra poblada de habitantes, recorreremos las zonas de ámbos mundos, las naciones de uno y otro hemisferio,

las provincias y sus capitales, las ciudades populosas y hasta las más humildes aldeas.

"Llenos de ricas ideas y de conocimientos, nos falta aprender el modo de manifestar nuestra admiración: éste será el objeto de la poesía. La sublimidad de sus pensamientos, la hermosura de sus imágenes, la precisión de su lenguaje, la propiedad de sus expresiones, presentará más bellas las pinturas que haremos de la hermosa y variada naturaleza y de su divino Autor. Para llegar, empero, al ansiado término de tamaña empresa, ¡cuánto estudio y vigiliass y afanes no debemos oponer á las dificultades que son consiguientes! Todo lo espero de vosotros, al considerar los ardientes y justos deseos que os animan de adelantar en el difícil camino que acabamos de emprender. Seguid con vuestra vigorosa energía demostrando que no me equivoco en las lisonjeras esperanzas que de vosotros he concebido, y confiad en que vuestro director cifrará su gloria en corresponder por su parte á cuanto os ha ofrecido.—Valencia 18 de Octubre de 1826. —Estanislao de Kosca Vayo."

IV.

No bien cesó de hablar el presidente, comenzaron las estudiosas tareas de aquellos neófitos de las Musas. ¡Dichosos jóvenes, cuyas fogosas cabezas, llenas de inocentes y candidas ilusiones, no habian tenido ocasión todavía de lamentar los negros engaños y el abyecto prosaismo, inseparable de nuestra existencia en los años de la edad madura! Por indicación de Kosca Vayo, leyó el secretario algunas páginas de la geografía de D. Isidoro Antillon, y después otras de la Poética de Luzan, y finalmente, una oda de Horacio y otra del divino Herrera. Terminada aquella instructiva lectura, que oyeron todos los circunstantes con la más profunda atención, el presidente y los demás hicieron cuantas reflexiones les parecieron oportunas, discurriendo sobre lo que acababa de leerse, según á cada uno permitían su instrucción y talento. Todo ello con aplomo y calma y buena fé, sin armar disputas y reyertas, que por lo general á nada bueno conducen. En seguida Kosca Vayo leyó algunos epigramas de su cosecha, y lo mismo hicieron los otros, dando á conocer á sus compañeros alguna breve composición poética, que habia compuesto de intento para la inauguración de la *Academia de Apolo*. Darémos á conocer á nuestros lectores, como es justo, algunos de aquellos ensayos. Vayo leyó, además de otros epigramas, el siguiente:

Á UN PATRIOTA.

Fuerte metal de voz,
Calzon y capa rota,
Amigo de la bota,
Gesto fiero y atroz;
Hé aquí un gran patriota.

D. Luis Lamarca recitó el siguiente epitafio para el sepulcro de un estudiante, amigo y compañero de todos nuestros noveles académicos, el cual habia muerto pocos días ántes:

La parca acometió con saña fiera
De José Solanich la edad florida,
Y encarnizada en tan preciosa vida
Cortóla á lo mejor de su carrera.
Aprende, juventud, que tan ufana
Con tu gran lozanía y pocos años
Te alimentas de errores y de engaños,
A no mirar la muerte tan lejana.

Arolas leyó una lindísima égloga, que posteriormente imprimió en casa de Monpié con otros versos clásicos, originales y traducidos en tres tomitos en dozavo. Cuando le tocó su turno al Sr. Bono Serrano, leyó los siguientes versos, que publicó poco después, y se han reimpresso en las dos ediciones que en 1850 y 1863 ha hecho de sus poesías:

MI CUMPLEAÑOS.

ODA.

Tan breves son las horas
De nuestra corta vida,
Que hácia la huesa vuelan
Desde la cuna misma.
Ménos veloz Noviembre
Con su aliento marchita
De los amenos prados
La verde lozanía.
Nuestra fugaz aurora,
No bien fúlgida brilla,
Cuando su albor naciente
La noche eterna eclipsa.
Ayer cándido niño,

Yo ledo sonreía
De cariñosa madre
A las tiernas caricias;
Mas hoy lloro ya lejos
De aquella edad tranquila,
Que espiró para siempre
Con sus juegos y risas.
Amante desdenado,
Así flébil suspira
Cuando recuerda triste
Sus ya pasadas dichas.
Cuatro lustros huyeron
Cual sombra fugitiva,
Cual rápida saeta
Del arco desprendida.
El tiempo me arrebató
Hacia la tumba fría,
Sin que votos ni ruegos
Detenerle consigan.
Mi primavera en vano
Seguridad me inspira,
Pues que también fenece
La juventud florida.
Mas ay! amigos míos,
¿Esperais que me aflija,
Por no ser este suelo
Nuestra eterna manida?
¿O quereis que entregado
Al ruido de la orgía,
La crápula y molición
Sólo cante mi lira?
«Vengan vino y placeres,
Puesto que todavía
La sangre por las venas
Circula enardecida.»
Los hijos de Epicuro
Así beodos gritan,
No empero el que á venturas
Inefables aspira.
Quien á la humana estirpe
Los brutos asimila,
Para la tierra goce,
Para la tierra viva.
Elevada mi mente
Por ideas más dignas,
Miro al cielo, y saludo
Mi patria de delicias.
Salve, mansion de gloria,
Salve, mansion divina,
Donde reina el contento,
Y paz no interrumpida.
¿Cuándo, rotos los lazos,
Que á vil polvo me ligan,
Cantar en tí el *Hossana*
Podrá la lengua mía?
Al ver que mi destierro
A su fin se aproxima,
Mi corazón de gozo
Presuroso palpita.
El misero proscrito
¿No alegrarse podría,
Cuando feliz se acerca
A su natal orilla?

V.

Con los anteriores versos terminó la sesión primera de aquella juvenil asociación, que dió al principio sólo flores, pero flores que con el tiempo se trasformaron en sazonados frutos. En los dos años y medio que duró la reunión, á la que jamás faltaba ninguno de los jóvenes asociados (si no concurría alguno, pagaba una peseta de multa para comprar libros, papel, mapas, etc.), se leyeron allí, además de la ya citada geografía de Antillon, las del P. Juan Cayetano Losada y Verdejo, el *Teatro de la elocuencia* de Capmani, las *Instituciones* de Quintiliano, algunas oraciones de Cicerón, y especialmente la de *Pro Archia Poeta*, que se repitió varias veces, la *Eneida* de Virgilio, casi todas las obras de Horacio y de Tibulo y Catulo, algunas de los vates italianos y franceses, como la *Poética* de Despreaux, y varias tragedias de Racine, las composiciones cortas de Metastasio, los sonetos de Filicaya, y no pocas de los modernos Lamartine, Hugo, Fóscolo, Vicente Monti y otros. Pero en lo que más se ocupaban en sus reuniones todas, como era justo y debido, era en la lectura detenida y meditativa de los vates españoles.

DOMINGO HÉVIA.



A MARIA.

EN EL MISTERIO SANTO DE SU CONCEPCION INMACULADA.

Iris de paz y dicha, consuelo del que llora,
Perinclita María,
Tesoro de bondad,
Tu devoción sublime mil bienes atesora,
Y es néctar del que sufre
Sumido en su orfandad.

El bárbaro ateísmo, la criminal audacia,
No pueden comprenderte,
No pueden alcanzar,
Siquiera en tu hermosura á verte y conocerte,
Y niegan tu grandeza,
Rugiendo como el mar.

¡Ay, tristes los que lloran la triste y pobre vida
Que el desconsuelo ofrece,
Con dura sin razón!
Sin tí no alcanzarían hallarla defendida
Del mundo y sus insidias,
Doliente el corazón.

Tú sola eres la dicha, la paz y la fortuna,
Tú sola das consuelo,
Tú sola das amor;
Y lejos de tí corren las horas enlutadas,
Rodando al precipicio
del vicio engañador.

¡Ay, tristes horas, tristes, las horas malogradas,
Del ser sin la esperanza,
Privado de la fé!
Son horas en el suelo tan sólo deslizadas,
Y en él el alma á oscuras,
Tu perfección no vé.

En tí se encuentra calma, consuelos y ternura,
Tú sola inspirar sabes
La dulce emulación,
Pues eres una fuente de dicha y de dulzura,
Que alegra la existencia,
Que anima el corazón.

En mares tormentosos el naufrago perdido,
Y en ruda lucha bélica,
El militar audaz,
Te invocan con acento mortal de nadie oído,
Y tú les das la vida,
Tu protección les das.

¿Quién busca tu socorro, perinclita María,
Que no halle fértil prado
De flores de placer;
Que no halle dulce acento de placida armonía,
Que misterioso suena,
Que endulza el padecer?

Los niños, los ancianos, las vírgenes sin calma,
Peregrinando tristes,
Deslizan su existir
Por áridos caminos, con amargura el alma,
Y encuentran en tu amparo,
Valor para sufrir.

Tú, dulce bienhechora, estrella bienhadada,
Flor de fragante aroma,
Que infunde la virtud;
Sin tí es la vida un páramo, de penas abrumada,
Que ofrece la tristeza
Del horrible ataúd.

Triste ilusión se encierra en la grandeza humana,
Que marcha con su pompa,
Por senda criminal;
Pero en tu gracia se halla la fuente de que mana
La ciencia verdadera,
Potente, universal.

Creer es saber; la ciencia que teme al que ha criado
Al hombre con un soplo
De vida y de piedad,
Tiene en su germen gloria que todo ha coronado
De flores de consuelo,
De dulce majestad.

No niegue audaz encono la virginal pureza
Que encierran tus entrañas,
Adonde se meció,
El Redentor del mundo; é incline su cabeza,
Pues Cristo á los mortales,
Por tí los redimió.

Divina, Inmaculada, sagrario de virtudes
Que nadie tuvo nunca,
Iris de paz y amor:
¿Quién calma en este mundo las penas é inquietudes,
Más que el poder que tienes,
Bendita del Señor?

Tú puedes con tu gracia dar la ventura al mundo,
Tranquila bienandanza
Al alma y dulce paz;
Y aquél que á tí te niega, con ánimo iracundo,
Maldito es en el cielo,
Y espía su maldad.

Yo fío en tí, te busco, te adoro, madre mía,
Tú sola eres mi amparo,
Tú sola mi valer;
Y sólo con mirarte al resplandor del día,
Encuentro en este éxtasis
La fuente del saber.

Admiro el arte magno que imprime en sus colores
La imagen de tu gracia,
Tu hermosa juventud;
Y encuentro en esos cuadros tan mágicos primores,
Que elevan mi entusiasmo,
Que inspiran mi laud.

Por eso, rosa bella, la reina de las rosas,
La reina de las flores
Del valle del amor,
Te ofrece en tristes trovas, humildes, religiosas,
Su devoción contrita,
Un pobre trovador.

Acógelo benigna, pues vive peregrino,
Su vida es un tormento,
De oscuro porvenir;
Y tiende cariñosa sobre él tu dulce manto,
Y cúbrale piadosas
Tus alas al morir.

Mi última palabra será para María,
Yo clamaré por ella,
Dame tu luz á mí;
Y al asomar al labio la pálida agonía,
Permite, Virgen pura,
Que muera junto á tí.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

Madrid.

CABALLEROSIDAD Y NOBLEZA.

Llevaban los moros la peor parte en la célebre batalla de Antequera, siendo arrollados por las huestes cristianas y deshecha su caballería.

El valiente y noble Abencerrage Mahomet-Muley-Hacem, se multiplicaba, arengando á sus desmayadas tropas, y animándolas con el ejemplo, se lanzaba á los sitios en donde la afilada guadaña de la muerte hacia más víctimas.

Corría la sangre cristiana bajo el filo de su acerada cimitarra, causando él sólo más pérdidas al ejército cristiano, que Sansón á los Filisteos, en la conquista de la tierra prometida á los Israelitas.

Pero la adversidad de la suerte hacia estériles sus esfuerzos, y á pesar de su heroico valor, se encontró solo, rodeado de numerosos enemigos, que desafiando los golpes de su férreo brazo, le desarmaron y le presentaron rugiendo de coraje, pero con la altivez del héroe, ante el Gobernador de Antequera.

—Aquí teneis, señor, dice el capitán Gonzalo, al rebelde Mahomet-Muley-Hacem, terror de los hijos de Jesucristo. Ha vendido cara su libertad, pues muchos de los nuestros han perdido la existencia al impulso de su valiente arrojo.

—El valor es siempre digno de alabanza donde quiera que se halle, exclamó el Gobernador Narvaez. Acércate, Mahomet, y nada temas.

—Cristiano, no tengo nada que temer. He defendido como bueno mi Religion, mi Pátria y mi Rey: si tú no cumples tu deber con un prisionero, la historia y tu conciencia te juzgarán. Creo que estoy en poder de un noble cristiano; yo lo soy musulman, y de caballero á caballero no va nada, pues la Religion no varía los sentimientos.

—Razon tienes, Mahomet; procuraré endulzarla amargura de tu adversa suerte; jamás tendrá queja de mí un valiente prisionero.

—Gracias, cristiano. Ya que mi negro destino me ha conducido á este lamentable estado, y pesando á mi arrogancia, te voy á pedir una gracia, revelándote el más oculto secreto de mi alma; pero estando solos.

—Despejad, amigos míos, dijo á sus oficiales el Gobernador.

Cuando éstos se alejaron, Narvaez invitó á su prisionero á que hablase.

—Seré breve, noble cristiano, dijo éste. Mi corazón, preso en los hechizos de la sin par Zulema, deseaba obtener de ella una cita. Largo tiempo la he pretendido en vano; pero ayer por fin se ablandó su puro corazón, y me prometió bajar esta noche al jardín con su fiel nodriza. Si has amado alguna vez, comprenderás la desesperación que destrozará mi pecho, al verme imposibilitado para acudir adonde me espera la huri de mis pensamientos, la dueña de mi existencia. Soy noble, y ántes faltará el astro del día en su brillante trono, suspendido en el firmamento, que yo á mi palabra....

—¿Qué quieres pedirme, moro?

—La libertad por dos horas. Como caballero, prometo volver á que me encierres en tu más oscura mazmorra al sonar la última campanada de ellas en el reloj de tu Iglesia.

—Confío en tu palabra, Mahomet-Muley-Hacem. Cuando se aproxime la hora, monta en tu corcel, y vuela adonde te espera tu amada. Yo daré mis órdenes al efecto.

II.

La luna extendía su blanca luz sobre la tierra, y por la ribera del río que fertiliza los campos antequeranos corría un valeroso corcel, llevando sobre sus lomos un arrogante ginete.

Era Mahomet-Muley-Hacem, que iba en alas del amor á los brazos de su adorada Zulema.

Su blanco turbante, bordado de oro, y su roja capa, bordada de plata, le hacen visible desde lejos, en medio de la soledad de la campiña.

—Son las doce, decía; vuela, vuela, mi bridon, que mi amor espera.

Y las plateadas estrellas de las espuelas rozaban los hijares del fogoso animal, que con sus delgados miembros apenas tocaba la tierra.

Entre las verdes ramas de los perfumados jazmines y madre-selvas de un jardín, cuyo dueño era Boadil-Sidi-Hamet, se veía una figura blanca, cubierta la cabeza con

un velo bordado de estrellas de plata, y caida sobre el pecho como agobiada por un hondo pesar. A algunos pasos de distancia se hallaba también su nodriza, que sentada sobre un banco de césped, había sucumbido al sueño.

—No me han engañado, nó; él está prisionero; exclamó

Y corrió precipitada á recibir en sus brazos al dueño de su alvedrío.

—Oh, Zulema! Mi ventura! exclama el guerrero estrechándola contra su pecho.

—Mi bien, mi amor! ¡Cuántos afanes me ha costado este momento de ventura! contesta la jóven alzándose el velo y mostrando el peregrino rostro á su amante.

—¡Oh luz de mis ojos, bella huri del paraíso de mi vida! Cuán dichoso soy!

—¡Que Alá nos haga eterna esta dicha, amado de mi alma!

—Nó, por desgracia, Zulema encantadora: el hombre que por tí respira no se pertenece ya!

—¿Qué escucho, Santo cielo! ¿Con que no me han engañado, eres prisionero?

—Sí, amor mio; luché como un león del desierto; pero eran ciento y yo uno: pasé por el sonrojo de no morir y entregar mis armas.

—Ah! bendito Alá que te ha conservado la vida para mí! ¿Qué importa que seas prisionero? Te amé libre y te amo esclavo. Yo lo seré también, para no separarme de tí! ¡Mi nodriza duerme; partamos!

—Y tu padre?

—¡El me perdonará cuando sea tu esposa!

—Sí, lo serás, alma de mi alma!

Y ámbos amantes montan en el brioso corcel, dando la vuelta á Antequera al finalizar el tiempo concedido por el generoso Gobernador.

—Ya estoy aquí, cristiano, le dice Mahomet entrando en su tienda; y en vez de uno, tienes dos prisioneros.

—¿Qué dices, valiente moro?

—¡Señor, responde Zulema, la esposa debe seguir al esposo al través de todas las penalidades de la vida! ¡Vengo á compartir su mazmorra; vengo á endulzar las amarguras del triste prisionero! ¡Quiero vivir ó morir con él!

—Oh, sublime Zulema! ¡oh noble y valiente Mahomet! exclamó Narvaez; ¡esclavo tú de la palabra empeñada, esclava ella del puro amor que te ha jurado! Tanto heroísmo merece una recompensa. Yo no quiero ceder en generosidad á la tuya, Mahomet. Te concedo la libertad, para que goces de la ventura que te concedió el Omnipotente con el amor de una mujer tan bella y valerosa. Adios, pues, felices amantes, y no olvidéis que el Gobernador Narvaez admira y premia el valor, la nobleza y la virtud donde quiera que las halla.

INÉS RUBIO Y DIAZ.

BÚRGOS.

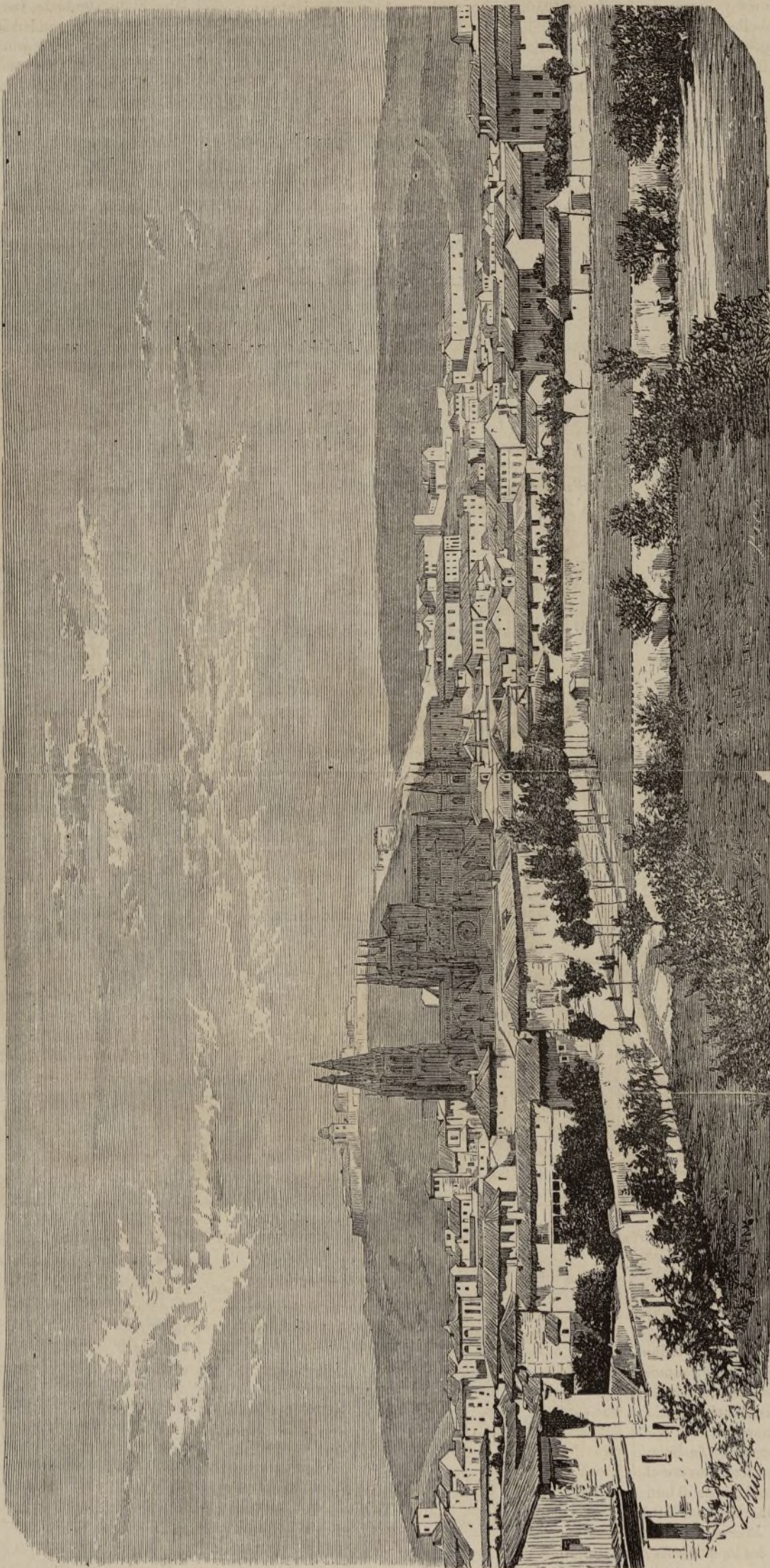
Una de las ciudades de España que más interés ofrecen, lo mismo al curioso que al artista, es la que sirvió de cuna al famoso Fernán-González, que comparte con el Cid y con Bernardo el Carpio las alabanzas del Romancero, y cuyas proezas en favor de la independencia de la patria, continuadas por sus sucesores, llegaron á constituir el condado en el preponderante reino de Castilla.

Todos los historiadores atribuyen al conde Diego Rodríguez, más conocido con el nombre patronímico de

la hermosa con desesperación, alzando al cielo los negros ojos llenos de lágrimas, que corrían á inundar su rostro de alabastro.

En este momento, un ruido lejano hirió su oído; prestó atención, y distinguió las pisadas de un caballo.

—Es él, gritó; ¡loado sea Alá!



VISTA GENERAL DE LA CIUDAD DE BÚRGOS.



François Scherer, Lith. Imp. Paris et Bruxelles

202

1052

EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

Porcellos, la fundacion y poblacion de Búrgos, sin que ninguno haya podido fijar la fecha.

Continuó siendo capital y corte del reino, así como lo habia sido del condado, y figuró singularmente en la lucha de los siete siglos.

Capital actualmente de la provincia de su nombre, hállase situada en un delicioso valle, por el cual corre el río Arlanzon, que atraviesa por sus muros y barrio de Vega. Son tantos los edificios que la embellecen y la importancia histórica y artística de algunos de ellos, en particular de la célebre catedral, maravilloso monumento de la fé cristiana, que fuera imposible en un corto artículo enumerar todas sus bellezas.

Búrgos, tanto por sus grandiosos monumentos, como por sus recuerdos históricos, sus deliciosos paseos y su feraz campiña, será siempre un lugar de admiracion para cuantos tengan el placer de visitarlo.

MARÍA STUARD. (1)

SU DRAMÁTICA VIDA Y REINADO

1542-1587

XXV.

Pormenores del proceso de María.

—Discusiones entre ésta y Burghley. — Reproches que dirigió á Walsingham. — El Tribunal declara su culpabilidad. — Es sentenciada á muerte. — ¿Puede declararse nulo y sin valor alguno proceso de María

Nada más irri- tante en verdad puede encontrarse en la vida de Isabel Tudor, nada que subleve más á las almas nobles, que la odiosa trama hábil pero indignamente urdida, para envolver entre ella á la infeliz reina de Escocia, haciéndola aparecer á los ojos del mundo como una criminal de instintos crueles y sanguinarios, cuando era precisamente todo lo contrario. El proceso de María, cuidadosamente estudiado por concienzudos historiadores, nos evidencia de una manera indudable que el drama que se desenlazó lúgubremente bajo la bóvedas de Jotheringay, fué uno de esos premeditados y alevosos crímenes que claman la justicia del cielo, porque en la tierra quedan impunes.

En la imposibilidad de relatar minuciosamente todas las particularidades de aquel célebre proceso, daremos de él algunos pormenores, los suficientes para que pueda venirse en conocimiento de que era cuestión prejuzgada el fijar la definitiva suerte de María Stuard.

Digimos que se nombró un alto Tribunal de Justicia, compuesto de cuarenta y seis miembros, presididos por el lord canceller Bromley. Formaban parte del mismo el lord gran tesorero Burghley, los condes de Oxford, Kent, Derby, Worcester, Rutland, Cumberland, Warwick, Pembroke y Lincoln, el vizconde de Montagu, los lores Morley, Stafford, Grey, Lumley y otros, los barones del consejo privado Halton, Walsingham, Sadler, Mildmay y Pau-

lelt. Todos ó casi todos eran enemigos de María, ya en política, ya en religion. ¿Qué imparcialidad podía esperarse de ellos? Ninguna. Lógico era suponer que habian de secundar el deseo de su soberana.

Reunidos el 14 de Octubre en el gran salon de Jotheringay, hicieron comparecer ante ellos á María, que se presentó acompañada de su mayordomo Sir Andrés Melvil y de Bourgoín, su médico, porque el mal estado de su salud obligaba á éste á no separarse de su lado.

En aquella primera audiencia pública, la acusada, con dignidad y entereza, sostuvo una fuerte discusion con Burghley, que se esforzó en vano en sostener el derecho de la reina de Inglaterra, á juzgar un delito que no estaba bien probado. María rebatió todos los argumentos del lord gran tesorero, y demostró que siendo reina libre y ungida, con arreglo al derecho entonces vigente y á las mismas pragmáticas inglesas, no se la podía juzgar sin menoscabar la dignidad de todos los monarcas de Euro-

Walsingham no estuvo más feliz que Burghley al tratar de sincerar su conducta, y aseguró, poniendo á Dios por testigo, que en todo habia procedido como hombre de honor. Sin duda aquel servil cortesano entenderia por honor el emplearse en asesino de una infeliz mujer por servir los intereses de su soberano.

El resultado de aquella audiencia y de otra que se celebró al día siguiente, fué el patentizar á los ojos de toda Inglaterra la ilegalidad de aquel procedimiento, en el que ni siquiera se guardó la forma jurídica concediéndole un defensor á la acusada.

Pero existia en la mente de los jueces el sacrificar una víctima para complacer á su reina y señora, y en tal propósito aplazaron sus remisiones para Westminster el 25 de Octubre, sin comparecencia de parte, y para deliberar en definitiva y dictar sentencia, una vez declarada culpable como lo fué la acusada sin más actuacion. Reuniéronse efectivamente dicho día en la cámara estrellada

de Westminster, y despues de interrogar á Nau y Curle, secretarios de María, á los que de antemano hicieron declarar lo que les convino, fallaron que, sin perjudicar en nada al honor ni á los derechos indisputables del rey de Escocia, debian condenar y condenaban á María Stuard á sufrir la última pena como culpable de tentativa de destronamiento y muerte de su soberana la graciosa Isabel.

Este hecho culminante en la historia de Isabel, envuelve una cuestion jurídica que nos atrevemos á resolver por nosotros mismos. ¿Puede y debe declararse nulo y sin valor alguno el proceso de María? Indudablemente que sí.

En aquel procedimiento, incoado y seguido con desprecio de todas las formas legales, prescindiendo aún de la competencia de los jueces, no se guardó ninguno de los trámites prescritos por el derecho penal.

No hubo confrontacion de testigos, ni exámen de pruebas, ni defensa; ni las pruebas que se presentaron eran auténticas, sino simplemente copias, que podian ser lo mismo supuestas que verdaderas; se hizo caso omiso de las declaraciones favorables á María, y se recusó á sus servidores como testigos de excepcion. En fin, para que la ilegalidad llegara á su colmo, se desestimó á la acusada el recurso de apelacion para ante el Parlamento, y hasta se le negó una entrevista que habia solicitado con Isabel. ¿Es posible que quepa mayor olvido de lo que con enfática entonacion llamaba justicia el acusador de aquel tribunal? ¿No hay sobrada razon para calificar de horda de asesinos á los que, aun perteneciendo á la primera nobleza de la Gran-Bretaña, desempeñaron tan innoble papel?

Corramos un velo sobre tan oneroso cuadro. El resplandor de la verdad y de la justicia no ha podido ser eclipsado, y hoy se sabe fué inocente la sangre que corrió en un cadalso. En ningún tiempo el crimen podrá usurpar los fueros de la justicia, por más que se cobije en un sólio real.

(Se continuará.)

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.



VISITACION DE LA VÍRGEN Á SANTA ISABEL (DE UN RETABLO DEL RENACIMIENTO EN SAN VICENTE DE TORELLÓ, CATALUÑA).

pa que se sentaban en un trono por derecho propio. Los mismos abogados de la corte civil, que en clase de asesores formaban parte del Tribunal, no tuvieron nada que objetar á aquella doctrina, admitida y propagada por los doctores en derecho de todas las universidades.

Visto por los jueces que á continuar el debate tenian que convenir en su incompetencia, dieron el punto por suficientemente discutido, y haciendo caso omiso del principio de legalidad, pasaron á examinar las pruebas del delito. Entonces fué cuando le tocó su vez á Walsingham, al que apastrofó María en los siguientes términos:

—¿Creeis, caballero, le dijo, que ignoro los torpes mane- jos que habeis empleado contra mí con tanta astucia? ¿Os figurais que ignoro que he vivido mucho tiempo rodeada de vuestros espías? Pero en vuestra orgullosa presuncion ignorais que algunos de ellos, más nobles que vos, os hicieron traicion y declararon en falso. ¿Quién podrá sostener que el que apelaba á tan indignos medios no haya falsificado tambien las pruebas de ese supuesto crimen de que cobardemente me acusais? No ignoro las sordas tramas que contra mi vida habeis dirigido.

(1) Véase el número 43 de EL CORREO del año próximo pasado, 1871, pág. 342.

Una larga enfermedad de su autor nos ha impedido continuar á su debido tiempo este bellissimo trabajo, que ahora se terminará sin interrupcion ninguna.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza,

(Continuacion.)

CAPÍTULO XIV.

CONTINUACION DE LO ANTERIOR Y DECLARACION.

Desde aquella mañana, el joven marino continuó viniendo á mi casa con frecuencia. Angela se quedó decididamente á mi lado, con gran placer mio, pues la amaba en extremo. Por lo mismo tenia siempre mucho cuidado de estar el menos tiempo posible en compañía de Angela cuando Leopoldo venia á verla; pero pronto comprendí que mis cuidados eran inútiles. El marino me miraba con una adoracion que le costaba sumo trabajo el disimular, y en algunos momentos su emocion estaba próxima á venderle. Tenia á Angela afecto, y hasta cariño; pero no la idolatrada admiracion que yo le inspiraba: el pobre joven sostenia una lucha continua entre su amor y su deber; su amor le arrastraba hacia mí, y su agradecimiento y compromisos de caballero hacia Angela. Mi infeliz amiga veia á su amante pálido, demacrado, y no adivinaba la causa. Yo la conocia, general, y apresuraba cuanto me era dable el momento de su enlace. A instancias mias, mi buen padre escribió á un amigo suyo que gozaba de suma influencia en la corte, y Leopoldo al mes, como yo le habia dicho, fué nombrado teniente de navio y capitán del ejército.

Al saber el agraciado tan feliz nueva, se puso pálido, y me dirigió una mirada tan angustiosa, que me estremecí de terror, temiendo que Angela adivinase su secreto. De una sola ojeada recorrí con el pensamiento los males que resultarian al saber Angela que su futuro esposo me amaba. Aún tenia en la memoria la catástrofe de Irene, que tantos remordimientos me habia costado. Y si esto me habia sucedido con una persona á quien aborrecia, ¿qué no seria con Angela, á quien queria con el cariño de una hermana? Oh! ¡cosa triste y terrible era sólo el pensarlo!

Augusto, le juro á V. que no sentí en aquella ocasion ni el menor impulso de vanidad, atenta sólo á remediar los males que inocentemente habia causado.

Leopoldo se repuso lentamente de su emocion, replazándola una mortal tristeza, pues comprendia que siendo capitán, su suerte ya estaba decretada. Ay! el infeliz joven se violentaba en extremo. Hacia cuanto podia hacer el hombre más noble y más caballero; pero su corazon podia más que su cabeza. Yo le compadecia de veras por la pasion que sentia por mí, y esto era todo lo que me inspiraba. Si Leopoldo hubiese hecho latir mi corazon, habria sacrificio en mí: mas, amigo mio, ¿para qué me he de alabar de una generosidad que no existia? Mi alma estaba virgen de sensaciones; ningun hombre la habia aún hecho estremecerse de emocion. Debo decir en todo la verdad, general: si yo no hubiese modificado mi carácter y mi corazon al contacto de Angela, hubiese coqueteado con el marino, por el gusto de triunfar de él; pero gracias á Dios me hallaba ya lejos de aquellos tiempos y de aquellos innobles sentimientos.

Mi padre fijó el dia para el enlace de Angela. Un pensamiento triste, y que tenia mucho de profético, me decia que no se verificaria, y que mi buena amiga iba á sufrir por mi causa un triste desengaño.

Los preparativos de la boda se hacian con actividad, y yo exigí que Angela no se separase de mi lado, pues como su esposo tenia que estar casi siempre en el mar, ella conmigo estaria acompañada.

Estaba deseando que Leopoldo se casase, pues tenia la esperanza que despues que fuese esposo de Angela, la dulzura y la bondad de la joven acabarian por vencer á la fatalidad que le arrastraba hacia mí.

Como Angela estaba de luto, acordamos celebrar el matrimonio sin la menor pompa. Mi padre señaló á Angela veinte mil duros de dote, por expresa voluntad mia.

Todo marchaba bien, y yo empezaba ya á tranquilizarme, cuando una mañana que Angela habia salido á misa, mi doncella anunció al marino.

—Por qué no le has dicho que no estaba Angela? exclamé yo aterrada.

—Se lo dije, señorita; pero me contestó que deseaba hablar á la señorita de Bellavista, y nó á la señorita Angela.

Comprendí lo que iba á pasar, y un sudor frio inundó mi frente; era necesario evitar que Leopoldo me viese, porque aquella entrevista podia ser fatal.

—María! grité á mi doncella con verdadera angustia, dile que no estoy. Que no éntre! De cualquier modo que sea, despídele.

—En balde es, señora, contestó el marino, precipitándose en el aposento.

Me saludó con respeto, y añadió con una exaltacion que no podia reprimir.

—Magdalena! ¡Por piedad, por compasion, que yo no me case con Angela; es necesario romper este fatal himeneo, y para que V. lo deshaga he venido aquí!

—Qué me dice V., Leopoldo! le contesté, aparentando asombro. Qué es lo que V. se atreve á proponerme? ¿Seria yo la que desbaratase un casamiento que es mi único deseo y por el que tanto he trabajado, pues en él estriba la felicidad de Angela!

—Pues se engaña V., Magdalena; yo no puedo hacer feliz á su amiga, por que mi rebelde corazon me arrastra hacia otra mujer. ¡Hacia otra mujer, á la que amo con toda la vehemencia de mi alma, con todo el fuego de mi corazon! En la que pienso cuando estoy despierto, con la que sueño cuando duermo; ella es mi ilusion, mi esperanza y mi ídolo.

—Caballero, le dije con severidad; V. no está en sí. ¿Quiere V. hacer á la amiga de Angela, á la hermana de su futura esposa, la confidenta de sus locos desvarios?

—Nunca, nunca será Angela mi esposa! me contestó con arrebatada furia; yo me resignaré á que la mujer á quien amo me desprecie, me desdeñe y se ria de mi loca pasion; pero no puedo poner una barrera invencible entre ámbos, no puedo pronunciar ante los altares un falso juramento. Magdalena! compadézcase V. de mi dolor! Si me caso con Angela seré un mal esposo. He luchado cuanto un hombre puede luchar. Mi honor, mi palabra de caballero dada á Angela, todo es nada ante mi frenético amor! Magdalena, rompa V. esta union, si quiere evitar una desgracia... ó un crimen...

—Pero, pobre loco! exclamé con la mayor tristeza, ¿qué quiere V. que yo haga para deshacer una cosa que está ya tan adelantada? ¡He de decir á Angela que V. no la ama, que desea V. romper con ella, que ama V. á otra? Leopoldo, por Dios, tenga V. juicio y comprenda que no puedo hacer ese papel.

—Dios mio! Dios mio! gritó el joven, dando grandes paseos por la estancia en el colmo de la exaltacion; ¡esto es terrible! Le sobra á V. razon, Magdalena, nó, no puede V. ser la que desengañe á su amiga! pero ¡encuentra usted justo que lo haga yo? Que diga á esa pobre niña, que me quiere con toda su alma: Ya no te amo! Mis palabras de cariño se las llevó el viento, como las hojas secas que caen de un árbol. ¡Y tambien le parece á V. una cosa digna, que yo engañe á esa joven y la lleve al altar para hacerla infeliz? Nó, nó! Esto tiene que cesar de un modo ó de otro; estoy sufriendo horriblemente hace un mes, y las fuerzas me faltan. ¡Magdalena, soy muy desgraciado!

El marino, al acabar de decir esto, volvió á sentarse, y apoyando la cabeza en sus manos, quedó silencioso.

Oh, Augusto! yo estaba en áscuas; hubiese dado un año de mi vida porque el joven estuviese á cien leguas de mí. Temia á cada instante oír de sus labios el nombre de la heroína de su funesta pasion. Era necesario, y para esto le dije con dulzura:

—Leopoldo, tranquilícese V. y retírese; Ángela vendrá luego, y le llamará la atencion verle á V. solo conmigo.

El marino se puso en pié, y exclamó con tono arrebatado:

—Magdalena, eso equivale á una despedida! No tiene usted conmigo consideracion; ni una palabra de piedad! cuando V. es la causa de todos mis tormentos. Antes de conocerla á V., yo queria á Ángela, y era dichoso. ¡Al verla á V., la amé! qué digo! la adoré, y hoy estoy loco con este amor que forma mi desesperacion continua, porque es preciso que V. lo sepa todo, Magdalena; la amo á V. de un modo tal, que por obtenerla me creo capaz de todas cuantas acciones nobles y heroicas puede hacer un hombre. Ah! demasiado conozco que nada soy al lado de V.! Tan hermosa como es! ¡tan buena y tan rica! ¡Yo sin bienes de fortuna, sin posicion, sin nada que ofrecerle! Y á pesar de esto, por V. me siento con fuerzas para conquistar un trono.

—Y empieza V. cometiéndome una vileza! exclamé con tono frio y sarcástico. ¡Se le figura á V., Leopoldo, que aun cuando fuese V. el hombre que más me agradase, podria ni aun mirarle en el mero hecho de ser el novio

de Angela? Nó, es V. para mí tan sagrado como si fuese mi hermano. Leopoldo, le compadezco, es V. como todos los hombres, que nunca conocen el tesoro que poseen ó pueden poseer.

Angela es la criatura más pura, más virtuosa y digna que he conocido: á su lado se reforma el alma más egoísta; á su lado sólo se respira bondad y abnegacion. A mí, á quien V. admira tanto, Angela me hizo mejor de lo que era, en unos términos tales, que casi soy buena. Yo era una mujer de un corazon frio y viciado, de una alma exenta de virtud, y llena de la más nécia vanidad; engreída con mi belleza como de lo más portentoso de la tierra, y hoy me conozco, sé que soy inferior á ella, y trato de imitarla.

—La amo á V.! exclamó Leopoldo fuera de sí, como si no me hubiese escuchado, fijo en su exclusiva idea. Es preciso que sea V. mi esposa!

—Nunca, jamás! le contesté con solemnidad; si quiere V. ser aún digno de mi aprecio, cátese V. con Angela; hágala V. feliz, y yo olvidaré la locura de este dia, queriéndole como á un hermano.

—Casarme yo con Angela! Qué dice V.? ¿Es posible que despues de haberla pintado mi delirante amor, me dé V. semejante consejo? Pues bien, yo no lo seguiré! Romperé, sí, romperé este fatal enlace, y al ménos seré libre para llorar mi desgraciada pasion en el último rincón de la tierra.

—Quiere decir, le contesté yo con frialdad creciente y con una ironia cruel, que va V. á decir á Angela: ¡Soy un perjurio, un infame! Soy un villano, que olvido todas mis promesas, y que tengo la innoble crueldad de decirle, y ni aun respetar tu dolor.

—Nó, Magdalena, yo no diré eso; primero me pego un tiro. Dios mio! ¿Será posible que no haya un medio para deshacer esta terrible union? ¿Quién, quién podrá romperla?

—Yo! contestó la voz de Angela, apareciendo en el dintel de la puerta, más pálida que una estatua de alabastro.

CAPÍTULO XV.

VIRTUOSO HEROISMO DE ÁNGELA

Leopoldo al ver entrar á Angela, se quedó helado y atónico; en cuanto á mí, empecé á temblar como la hoja del árbol agitada por el viento.

Angela tenia el cabello destrenzado, los ojos hundidos, y en toda su persona se revelaba el más horrible y espantoso trastorno. Se dirigió al marino y á mí, y nos dijo con voz que en vano procuraba hacer tranquila:

—Leopoldo! Magdalena! Por qué esa confusion? ¡Mi presencia aquí les estorba á VV.? Pero... tranquilícense, ya lo sé todo; oí su conversacion por una casualidad. ¡Sigámosla pues!... mas ántes, si VV. me lo permiten, tomaré asiento.

Y la pobre niña se dejó caer casi desvanecida en un sofá.

—Angela! grité yo con acento desgarrador. ¿Por qué lo habrás oído?

—Magdalena, me respondió con triste dulzura, yo no escuché; oí vuestra conversacion, y sé cuán noble eres; mas no quiero que tú me ganes en bondad. Te ruego en gracia de nuestra fraternal amistad, que no me interrumpas durante un rato.

—Leopoldo, añadió dirigiéndose al joven con tono grave y pausado, como si quisiese que cada una de sus palabras quedase grabada en su corazon: V. hace un momento se lamentaba por estar comprometido conmigo; pues bien, caballero, yo le dejo á V. libre, le devuelvo todas sus palabras y promesas, y ojalá sea V. tan dichoso como deseo. Aún voy á hacer más en favor de V. Ama V. á Magdalena, y ella tal vez por mí le rechaza; pero Leopoldo, mi amor no es un amor egoísta; deseo sobre todas las cosas del mundo que sea V. feliz. Querida Magdalena, prosiguió con voz suplicante, tú eres rica y hermosa; puedes hacer la dicha de Leopoldo; yo te lo ruego, cástate con él.

Al acabar la bordadora de decir estas palabras, dos lágrimas silenciosas asomaron á sus ojos, y se deslizaron por sus mejillas como dos líquidas perlas. ¡Cuánto sufría la infeliz criatura! Cielo santo! General, qué leccion para mí! aquello no era virtud! ¡no era bondad, sino el más sublime heroismo!

—Angela, exclamé con exaltacion; qué me dices? ¿Yo casarme con Leopoldo? Qué locura! El te ama á tí, y sólo en un momento de alucinacion pudo decir los delirios que le oiste.

—Magdalena, me contestó la bordadora con una calma más terrible que los lamentos, ¡mira á Leopoldo avergonzado en mi presencia, como un criminal ante su juez! Caballero, añadió dirigiéndose á él con voz triste, ¡por

qué ese asombro? No deseaba V. tanto su libertad? Ya la tiene; qué más quiere?

—Angela, yo... te aseguro... que te engañas; dijo él confuso.

—Silencio, caballero, exclamó la joven con dignidad; le suplico que no profiera mentiras, que no están bien ni para V. ni para mí. Ha dejado V. de amarme, ó por mejor decir, no me amó V. nunca, pues el verdadero amor no varía, no muere jamás: yo le comprendo aún más allá del sepulcro; oh, Dios mío! No quiero profanar el amor comparándolo con lo que V. sintió por mí! el amor! El amor verdadero se asemeja á un brillante meteoro que podrá palidecer por algunos momentos, pero apagarse jamás! Ah! Leopoldo: cuándo yo pude esperar esto? Nunca! se lo juro!... Juzgaba su corazón de V. por el mío, y si yo no me creía capaz de variar, por qué había de ser V.? Me engañé, y me hizo V. mucho, mucho daño! Y la pobre niña señaló el corazón. Pero todo se lo perdono generosamente, y en el claustro, adonde me retiraré, rogaré á Dios por usted para que le haga dichoso. Ama V. á Magdalena, como no me amó V. á mí nunca; jamás me dijo V. á mí palabras tan ardientes y entusiastas como las que le prodigaba á ella hace un rato. Ay! quizá no sea yo digna de V., y por eso me abandone.

—No ser tú digna de él! exclamé con entusiasmo; ¡tú que tienes un alma y un corazón que desea un emperador! Hermana mía! Ángel puro de bondad y abnegación! Alza la frente y mira á ese hombre que se atreve á desdeñarte. Qué necio! creer que yo le amo! ¡Oh, le aborrezco! Le detesto! porque causa la desgracia de la persona á quien, después de mi padre, quiero más, y esa eres tú. Qué hablabas hace un momento de claustro? ¡loca! ¡loca! yo te lo prohibo, y soy tu hermana mayor, á quien debes obedecer.

Mañana partiremos de este pueblo, y viajaremos por España y el extranjero. Tú le olvidarás, te lo aseguro; ay! todo se olvida en este mundo! Encontrarás otro ser más digno de tus virtudes, que podrá ser tu esposo, y entonces tú, feliz esposa y virtuosa madre, despreciarás á un ingrato que no supo conocerte.

—Mi querida amiga, me contestó Angela meneando la cabeza con desaliento; veo que aún no me has conocido; las personas como yo, aman sólo una vez. Magdalena, te aseguro con todo mi corazón, que desprecio á esas mujeres que cambian de amantes como de vestidos; Leopoldo fué mi primer amor, y será el último; pero no quiero que maldiga mi memoria. Magdalena, ten piedad de mi dolor! ¡ámale! yo te lo ruego! ¡ámale y hazle feliz.

—Angela, la contesté, ¡es preciso venerarte como á una santa! Oh! si todas las mujeres fueran como tú, los hombres serían mejores, y el mundo se reformaría; pero, querida amiga, yo te admiro, mas no me siento con fuerzas para imitarte. Me pides que ame á Leopoldo, y eso es sublime. No deseas vengarte y que yo le desdeñe! ¡Ni aun quieres el dulce placer de devolver dolor por dolor, tormento por tormento.

—Hermana mía, me dijo Angela con la dulzura de una mártir; las mujeres como yo lloran en silencio, mueren sin exclamar una queja; pero no se vengán jamás. Dios mío! gritó con voz desgarradora; ¡es menester que esto concluya! Sufro mucho! Por compasión, Magdalena, sácame de aquí!

Y la desgraciada niña cayó sollozando en mis brazos.

—Márchese V.! márchese V. al momento, dije con rabia al marino; V. la asesina con su presencia; ¡jamás vuelva V. á presentarse á mi vista! Le odio! ¡Maldito sea su funesto amor por mí! maldita sea mi fatal hermosura, que no causa más que males!

—Sí, murmuró Leopoldo con voz sombría, me alejaré de aquí y para siempre! No volveré á pisar los umbrales de esta casa; no volveré á verla á V. ni á ella. Pediré que me confíen el mando de un buque, marcharé á la Cochinchina, y me haré matar por los annamitas.

Angela al oír esto se puso en pie como un cadáver galvanizado, y dijo al marino con tierna energía:

—Por Dios le pido á V. que no blasfeme! ¡Quiere usted cometer un suicidio premeditado? Atroz cobardía! Tenga V. valer para sufrir con paciencia, y no atente V. contra su vida; el Señor se la dió; y sólo él puede quitársela. Cree V. que yo seré más dichosa? No, no! Pero me queda la religión y la fé, consuelo de los tristes y de los afligidos. En el convento rogaré por V. y por mí.

—Angela, exclamó el marino enternecido; bien dice Magdalena que no la merezco á V., porque es una santa, y las santas las quiere Dios para sí. Perdóneme usted todo el daño que la hice, y pida por mí en sus oraciones.

—Se lo ofrezco á V., dijo Angela con solemnidad; ya vió V. que hice cuanto ha estado en mi mano para unirle á Magdalena, y ella lo rehusa.

—Sí, y le maldigo, grité yo con furor; le maldigo des-

de lo íntimo de mi corazón, y me detesto á mí que soy la causa de todas tus desgracias.

Oh! Angela! Si no me hubieses conocido, serías feliz! Aborrece el día que me conociste!

Al acabar de decir esto, abracé á Angela, llorando amargamente.

El joven, no pudiendo sufrir este espectáculo, salió de la sala como un loco.

(Se continuará.)

POESÍA ILÍRICA.

El siguiente poema se titula en el original *Styjetquack*, nombre de *La Luciérnaga* en Ilirio, ó sea gusano de luz alado.

Giorgi goza de gran reputación entre los Morlacos. — La lectura de los *Clásicos* y sus viajes imprimieron en su estilo ese rebusque brillante y entusiasmo hiperbólico de sus vecinos los Italianos. En mi concepto *La Luciérnaga* de Giorgi vale tanto como *La Violeta* de Goethe.

LA LUCIÉRNAGA.

IDILIO DE GIORGI.

Ya la húmeda noche despliega el inmenso velo de sus alas silenciosas, y el misterioso coro de los astros, cómplice de los tiernos hurtos de amor, empieza una danza mágica en las llanuras del cielo.

Yo, á quien mi bella sólo ocupa y enagena, aprovechando la naciente oscuridad de la noche, me deslizo al través de las sombras de la casa que ella habita. De un balcón descendiendo, fiada á la extremidad de un hilo de seda, una hoja blanca que el aire suavemente balancea.

—Cuán poca dicha! esperaba más aún!

La impaciencia de conocer á lo ménos los pensamientos de mi amada, hace palpitir y estremecer mi corazón; pero la noche se oscurece más y más, y en medio de sus tinieblas pido en vano al secreto mensajero de mi bella, que me muestre los signos invisibles que le han confiado.

Esfuerzos impotentes! Inútiles quejas! La resplandeciente cabellera de la luna no arrastra aún sus ondas argentíferas por la cima de las montañas donde esta ninfa sienta su trono. Las lumbreras del cielo brillan, ay! muy léjos de mis ojos.

En mi despecho, lanzo amargas quejas contra la noche, á la que momentos ántes acusaba locamente por su tardanza. ¡Me encolerizo contra el dulce y tranquilo reposo de los elementos que me rehúsan hasta el fulgor de las tempestades!...

Quisiera ver agitarse la tempestad y ávido leer, al triple fuego del rayo balanceándose sobre mi cabeza, los adorados caracteres que trazó la mano de mi bella...

Quién lo creyera! En medio de un montón de yerbas estériles, que estaba próximo á hollar, resplandece de improviso un brillante insecto, que volando en círculos rápidos y multiplicados en torno de las hojas que acaricia, las aclara y alumbra.

El foco de una llama viva y móvil que arde en su seno, se dilata y radia en torno de sus alas agitadas, derramando ardientes rayos de todos los anillos de su flexible cuerpo, y la rodean de una aureola deslumbrante de brillantez.

Ávido me apodero del insecto tan favorable á mis deseos, de ese insecto á quien el amor protector ha confiado una luz fácil á ocultar, de ese insecto á la vez tutelar y discreto, que embellece las vigilias de los amantes.

Hago rozar sobre cada línea que trazó la mano de mi bella todos los anillos de su flexible cuerpo, y á su contacto, en caprichosa luz temblorosa se debilita. No se oculta á mi mirada ninguno de sus radios rayos; ninguna de las dulces confidencias de mi amada se ha perdido para mi corazón.

Gracias sean dadas á tu feliz socorro, oh! bienhechora estrella de los prados, tierna y sencilla luciérnaga de las alas de fuego, ¡tú, el más bello é inocente de todos los insectos, rayo imperecedero de amor!

Cómo podré expresar la dicha que te debo! ¡Cómo pintar tus gracias y atractivos! Oh! linda luciérnaga! ¡eres el más bello misterio de una tranquila noche! ¡tú devuelves las esperanzas al amor inquieto, tú prestas consuelo al amor celoso!...

Cuando el sol descendiende á su magnífico palacio de Occidente, te deja tras sí para encanto de las noches de Estío. El te presta un átomo de su inmenso esplendor, y te confía á la protección de los prados y al amor de las flores.

A tu lado el brillo del oro palidece y se apaga el de las perlas; apenas puede compararse ese fuego vencedor de las tinieblas nacido del seno de un carbunclo oriental,

que se enciende, aviva y centellea, en medio de la noche profunda.

Tú eres, en lo delicado de tu belleza, astro modesto de los prados, la imagen de una virgen tímida que muestra á su pesar, con el brillo de sus miradas, los secretos de la noche oscura, al buscar anhelosa las huellas del que enagena su alma.

¡Ojalá puedas por una eternidad, encantadora luciérnaga, recoger el premio del bien que me has hecho! ¡ojalá las praderas te presten para siempre, luciérnaga bienhechora, el néctar embalsamado de sus flores, y el cielo las dulzuras inagotables de sus rocíos!...

J. BAT.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS

QUE APARECE EN LA ÚLTIMA PLANA DEL PRESENTE NÚMERO.

Deseosos de satisfacer la justa ansiedad que en esta época del año experimentan las señoras para estar al corriente de las últimas novedades, y aunque tantos y tan bellísimos modelos les damos en los números del 10 y del 26 de cada mes, sin embargo hemos querido ofrecerles hoy tres elegantísimos trajes para señora y niña, que son de una novedad y un gusto inmejorables.

FIG. 1.^a *Traje Thiers*.—Es de poplin color marrón, con ruches de raso de tono más oscuro. La graciosa chaquetilla, abierta por detrás y realzada con dos botones, abre sobre una aldeta redondeada y rizada, guarnecida con ruches de raso. Otra ruche sirve de cabeza al volante fruncido que guarnece la segunda falda. El adorno de la primera falda consiste en dos volantes fruncidos con ruches encima, y un ancho bullonado, dividido en el centro por otra ruche. Indecible es el efecto que produce este lindo traje.

FIG. 2.^a *Traje de teatro*.—Vestido de seda malva. Adorna la falda rico fleco de seda negra, al que sirve de cabeza un biés de la tela, y un volantito tableado puesto hácia arriba. Otros dos volantes tableados, y á los que hace formar cabeza un biés estrecho, van puestos á regular distancia. Chaquetita abierta por delante, guarnecida con el mismo fleco de la falda, y realzada con chaleco de terciopelo negro, cerrado con botones, y que por arriba deja ver una camiseta á plieguecitos. Prendido de cinta malva que forma diadema, con lazo á la izquierda, y largas caídas flotantes.

FIG. 3.^a *Traje para niña*.—Falda de cachemir gris perla, terminada en picos, y plegada á tablas ó á la rusa. Túnica escotada y de manga corta, realzada con bordado negro y bieses de la tela, atravesados. Completa el traje marinera de cachemir blanco, y una echarpe bayadere que se anuda en el costado. Botas altas.

Explicacion del Figurin 1052.

FIG. 1.^a *Traje de paseo*.—Vestido de poplin de seda, color cobre dorado. La falda está adornada con dos volantes, más estrecho el uno que el otro. Los paños de atrás llevan además otro volante, y los de delante se adornan con un ancho bullonado con cabeza, sujeto con terciopelos castaños. La union de estos dos distintos adornos se oculta con un lazo de raso castaño. La túnica está compuesta de un delantal, que se acorta en los costados, y un paño muy largo de atrás, drapeado en forma de pouf.

El cuerpo, de aldetas cortadas en punta y realzadas con borlas, lleva mangas abiertas. Sombrero adornado con velo negro de tul, cinta color castaño y rosas. Lazo rosa en la corbata.

FIG. 2.^a *Traje de reunion para niña*.—Vestido de seda rosa pálido, adornado con una tira ondeada. Cuerpo de escote cuadrado y camiseta de batista. La túnica va recogida en los costados.

FIG. 3.^a *Traje de paseo*.—Vestido de seda azul, adornada la falda con ancho volante plegado, con cabeza igualmente ondeada. Túnica princesa de cachemir, á rayas blancas y azules, ondeada todo alrededor, y recogida atrás y en los costados por grandes lazadas de cinta azul, que terminan á la derecha con largas caídas. Sombrero adornado de cinta azul y flores.



Grande es el movimiento literario que se nota este invierno en nuestra querida España. Tanto en Madrid como en las capitales de provincias, se publican periódicos, se fundan escuelas y ateneos, y se abren certámenes para que sirvan de estímulo á la juventud estudiosa.

Nunca como ahora el mérito halló tan vasto palanque para hacer lucir sus galas, ni los amantes de las musas más medios para alcanzar el lauro que ambicionan.

De todas estas solemnidades literarias, aunque tarde, por habérnoslo impedido antes la falta de espacio, sólo nos ocuparemos de una, por haber desempeñado en ella un brillantísimo papel nuestra colaboradora doña Isabel de Villamartin.

Hé aquí cómo reseña esta solemnidad, el periódico *La Voz de Iluro*, que se publica en Mataró:

"Brillantísima estuvo la sesión de inauguración de curso que celebró el domingo el Ateneo Mataronés, cuyo salón encerraba lo más bello y distinguido de nuestra población.

A las siete, poco más ó menos, ocuparon sus asientos los señores de la Junta directiva, y en seguida el señor Presidente dió principio á su discurso sobre lo que fueron los gremios y lo que serían hoy.

Acto seguido ocupó la tribuna el secretario don Juan Bautista Calvo, leyendo una bella poesía, que fué vivamente aplaudida, de D. Mariano Andreu y Cabanellas.

D. Arturo Saborit la ocupó también á su vez, y leyó otra poesía titulada *El Castillo de Burriach*, que fué recibida con otra salva de aplausos.

Entonces se levantó la señorita doña Isabel de Villamartin, y con encantadora sencillez, con plácido acento y voz vibrante, leyó un bellissimo romance titulado *Envidia y Caridad*. La inmensa multitud que llenaba los salones del Ateneo estaba suspensa de los lábios de la exclarecida poetisa que, como había dicho el Sr. García Oliver en su discurso, honraba aquella noche al Ateneo, y al concluir, los aplausos fueron unánimes y atronadores.

El señor Presidente entonces la ofreció un ramo en nombre de la sociedad, y los aplausos ahogaron de nuevo las frases de galantería que se cruzaron entre ámbos.

Nótase igual actividad en la publicación de libros de valía y almanaques de todas clases; entre estos últimos, recomendamos á nuestras suscriptoras el que ha publicado la eminente escritora portuguesa doña Guiomar de Torrezao, con la concurrencia de los más afamados literatos de ámbos reinos, y entre los primeros el segundo tomo de *El Hijo del sacristan*, preciosa novela de D. Carlos Frontaura.

CORRESPONDENCIA.

A una amable suscritora.—Los encajes de lana de todos colores, que tanto se usan para adornar vestidos, cuestan á 10 rs. la vara; las plumas *Lavatiere*, recomendadas por nuestra inteligente cronista, son de cabello y cuestan 20 rs. cada una.

Una novia de veinte años.—Puede V. ponerse su vestido blanco de moiré antique, segura de que estará de última moda.

Para medio luto.—No se ponga V. jamás guantes negros con traje gris. Es de mal tono.

Condesa de C.—Nada más fácil que utilizar su falda de terciopelo y su vestido de moiré. Abra V. el vestido por delante, y deje V. pasar un paño de la falda de terciopelo, atravesándolo de alto á bajo con bieses de moiré de 3 cents., puestos á la distancia entre sí de 15 centímetros, y que terminan á ámbos lados con lazos de moiré, que llevan un boton de terciopelo en el cent o. Igual adorno realza el cuerpo, figurando chaleco con el terciopelo, y utilizándolo también para las vueltas de las mangas.

Bajo los sauces.—Lo que V. llama bondad es debilidad,



1. TRAJE THIER.

2. TRAJE DE TEATRO.

3. TRAJE PARA NIÑA.

y la debilidad es un crimen en una madre de familia: ceda V. en cuanto pueda armonizarse con el deber y la justicia; sea V. inflexible en cuanto se oponga á ellos. La debilidad es un gran defecto que debe combatirse á todo trance, pues puede conducirnos muy lejos y labrar nuestra desventura al par que la de las personas que nos cercan.

Últimas novedades.—Para jóven, vestido largo con túnica, guarnecido por delante en delantal, y que se completa con manteleta-esclavina, cruzada por delante, y que vuelve atrás, con grandes puntas que descienden sobre la falda.

M. O. Barbastro.—Hé aquí un elixir muy bueno para conservar la dentadura de su niña, y curar el dolor de muelas que padece, poniendo todos los días unas gotas en el agua:

| | |
|---------------------------|-------------|
| Alcohol de 36 grados. | 500 gramos. |
| Sulfato de quinina. | 1 " |
| Esencia de menta inglesa. | 4 " |
| Tintura de cochinilla. | 60 " |

P. Aysen.—Hé aquí una receta para lavar el foulard

blanco. Se frota bien en agua tibia, saturada de albumina, ó sea tres ó cuatro claras de huevo en un litro de agua. Se aclara luego en agua limpia, se deja secar, y se plancha, todavía húmedo, por el revés.

Soluciones á la charada inserta en el número 41 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Noviembre, por las señoritas doña Julia Jover, de Santa Cruz de Tenerife; doña Clara Almansa, de Barcelona; doña Dolores Aruguren, de Bilbao; doña Juana Ramirez, de Sevilla; doña Camila Afagni, doña Baltasara Amores, doña Gumerinda Apezchea, doña Dolores Fombela, de Santander; doña Camila Sanchez, de Valencia, y los Sres. D. Félix Jáuregui, D. Petronio Suarez, D. Cecilio Fortuña, D. Bernardo Lopez y D. Jesús Santos:

ASTROLABIO.

CHARADA.

Hechos á miles suceden
En una primera y cuarta;
Si yo hago segunda y quinta,
Dicen en esta comarca
Que imito á cuarta y tercera,
Animal de suerte infausta,
Que víctima de la ciencia
Verle, no es cosa muy rara,
Y al gastrónomo en la mesa
Pocas veces se le escapa.
Si apelo á la quinta y terciá
Con mi tres y dos, es para
Que el público todo admire
Su educacion refinada,
Y los muchachos se alegren
Por su salero y su gracia,
Y para tranquilizar
Los que viven en mi casa.
Lector amado, un consejo
Porque tal vez te haga falta,
Te daré, y es: Con mi todo
Debes estar siempre enguardia
Que si de tí se apodera,
Inspirarás mucha lástima;
Pasarás triste la vida
Como el que estas líneas traza.
Podría decirte más;
Pero con lo dicho basta
Para que hayas descifrado
El todo de mi charada.

JOAQUIN MONER Y C.
Figueras 13 Octubre 1872.

LA SILENCIOSA PERFECCIONADA.

MÁQUINA DE COSER, PARA LA FAMILIA.

Tiene aparatos especiales para hilvanar, bordar, coser, dobladillar, ribetear, sobrecargar costuras, etc., cosiendo indistintamente con uno ó dos hilos.

D. Antonio de Paz, en Santander,

remite m s detalles, muestras de labores, lista de precios y modelos de dicha máquina.

RODAJA PARA SACAR LOS PATRONES.



Se vende en esta Administracion al precio de 5 reales en Madrid y 6 en provincias.

Las Sras. Suscriptoras á ámbas Ediciones, recibirán con este número el figurin iluminado.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.